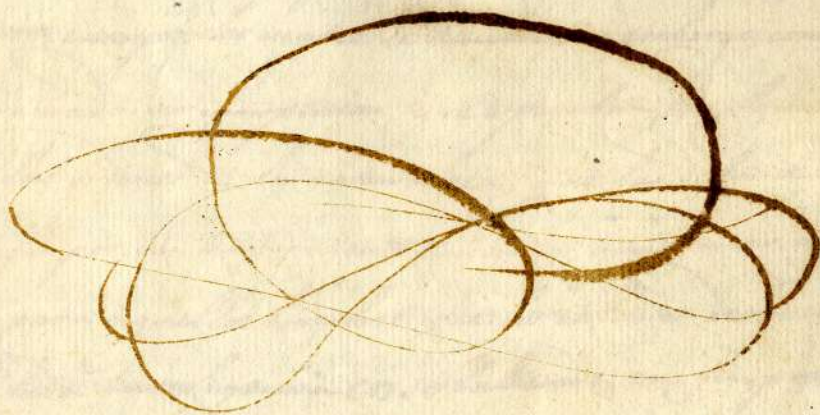


Disertacion

Leida a la R. Academia de medicina
y cirujia de Cádiz el dia 11 de enero de
1834

Por D.ⁿ José Maria de Figueroa y Fille



22194.

22194.



Introduccion.

El hombre es siempre afligido por las enfermedades, se ocupó en investigar los medios de prevenirlas y curarlas, y he aquí el origen de la medicina, la cual es, pues, como deja entenderse, tan antigua como el mundo, mediante a que, por decirlo así, ha nacido con el primer individuo de la especie humana. Sus progresos fueron al principio demasadamente lentos por el temor que inspiraban los resultados de los primeros ensayos, los cuales se hacian, sin embargo, con una estremada circunspeccion, y se esperaban en algun modo, las ordenes de la naturaleza, que las daba a conocer por un sentimiento instintivo, quiza mas segura para aquellos hombres que los cálculos de su limitada inteligencia (1). Habiendo, en fin, preva-

En el dia, el instante no tiene curida alguna en medicina, y se debe, como lo ha dicho el celebre Cabanis con tanta razon, estar prevenidos contra el, por que se halla deconaturado por las pasiones, las costumbres de los pueblos, de las grandes sociedades, &c. &c.

Leído ciertos medios en determinadas circunstancias, no se vaciló en recurrir á ellos cuando se presentaron casos análogos, y esta es la medicina empírica tan inherente á la naturaleza que jamás ha podido dejar de existir, y existirá siempre, sea cual fuese la ilustración de la ciencia médica.

En las primeras edades, todos los hombres eran pues médicos, y no tenían mas libro donde estudiar que el de las tradiciones, ayudadas de las experiencias diarias. Tu se diga como es que, con tan frágiles quinos y bases tan poco sólidas, la medicina debió marchar con una extremada lentitud, y quedar por mucho tiempo sumergida en la oscuridad y la ignorancia.

En efecto, cada vez que se presentaba un caso nuevo, se hacia indispensable recurrir á nuevas tentativas, y si, como solia acontecer frecuentemente, el enfermo perecia, era preciso, para volver á hacer otras, esperar á que los mismos fenómenos, se manifestasen en otros individuos que, por lo general, tenia la misma suerte que el primero.

Aquellos á quienes su dilatada experiencia permitia recoger un cierto número de hechos, consagraban algunos preceptos generales de medicina práctica, que transmitian á sus sucesores, y, por imperfectos que fuera ese trabajo, siempre se le consideraba útil para los adelantos de la ciencia.

Apareció Hipócrates y este mejor observador que todos en antes le habian precedido, se instruyó bastante por su propia experiencia para establecer reglas muchas de las cuales pasan en el dia por verdades médicas; no puede menos de admirar ciertamente que un hombre, por decirlo así, sin conocimientos algunos anatómicos, haya podido elevar la ciencia al eminente grado de ilustración en que la dejó!

Por diferentes y numerosos que hayan sido los sistemas creados por las imaginaciones delirantes de los hombres que han sucedido á este genio immortal, todas sus opiniones erróneas han desaparecido, mientras que la medicina de Hipócrates, inmutable e indestructible por que descansa sobre la observación misma, ha llegado sin

interrupcion hasta nosotros al traves de una
larga serie de siglos. ¿Que de sectas no han na-
cido de estos diversos sistemas y en estos mis-
mas sectas que de opiniones particulares no
apartaban mas o menos de sus jefes o aque-
llos que los habian concebido!

Unos, queriendo que la medicina fuese
absolutamente empirica, se condenaron a la nul-
tad del pensamiento y haciendo por decirlo
asi, abstraccion de su inteligencia, rechazaron
toda especie de raciocinios, aun aquellos mismos
que se deducian de las observaciones, mientras
que otros, por el contrario, dando en el extremo
diametralmente opuesto, depreciaron la obser-
vacion, y reputando en nada el valor de los he-
chos, quisieron someterlo todo al solo raciocinio,
y creyeron poder explicar de este modo todas las
enfermedades.

A estas dos sectas principales sucedieron
bien pronto otras muchas: asi que, unos, a cuya
cabecera hallaba Esculapio, atribuyeron todas
las enfermedades a la mayor o menor facilidad

con la cual los cuerpos que creó su imaginacion circulaban
en los poros; y otros, con Ilemison, las reunieron en tres gran-
des clases, queriendo que dependiesen indistintamente de la ri-
gidez de la fibra, de su relajacion o del estado misto que parti-
cipaba igualmente de estos dos extremos.

Los alquimistas que hubieron de ignorar que la
muerte es, segun la expresion de Cabanis, el termino natural
de la vida, pretendieron, por medio de su horno y de sus a-
lambiques, poner a disposicion de la fuente de la juventud,
y ensanchar a su agrado los limites de nuestra existencia.

Los medicos quimicos, estimando en nada los fenó-
menos de la vida, no vieron en nosotros mas que un apa-
rato de quimica o un laboratorio en el cual podian traba-
jar a satisfaccion y llevaron la ilusion hasta el punto de
querer someter de esta suerte a sus opiniones ridiculas las
leyes inmutables de la naturaleza.

Hubo algunos por ultimo que, por el contrario po-
niendo todo el mecanismo del hombre vivo bajo la dependen-
cia de seres metafisicos, y corroyéndose de este modo en el
caos de las abstracciones, depreciaron el estudio de los fenó-
menos que se verifican en nosotros, para ocuparse de la in-
vestigacion de unas causas que a ellos tan solamente les
era dado hacer las conjeturas. Abandonando los hechos que
hubieran podido recoger por la observacion, se perdieron en
el vasto campo de las hipotesis, se crearon una medicina

particular, y una manera de ver a la cual hicieron que todos vinieran a ajustarse; y si, por casualidad, se hallaban embarracados, siempre estaban en tiempo de llamar en su auxilio al ser imaginario de su creacion, que era quien contestaba a todos aquellos de que su inteligencia no podia dar la una razon satisfactoria. Todos se enganaron, pues, por que, como lo observa el Sr. nada ofusca mas el entendimiento para el conocimiento de la verdad que las hipotesis.

Las enfermedades conosciadas en medicina con el nombre de febres son, sin continuation alguna, aquellas que han hecho saltar sobre la arena mayor número de compotidores, y puede decirse con seguridad que, en el espacio de unos dos mil años que ha durado este renido combate, la ciencia de la vida no ha dado ni siquiera un solo paso hacia adelante.

Estas continuadas disputas y divagaciones incoherentes y reducidas avarias, aun, puede ser, si la ciencia médica, semejanza de las demás, no hubiere tenido tambien sus grandes hombres que, como Bercey ha dicho muy bien hablando de la cirugía, le han hecho participar del sublime vuelo que el espíritu del presente siglo ha impreso a todos los conocimientos humanos.

He aquí llegado el caso de pagar nuestro tributo de reconocimiento al sabio y glorioso que, reuniendo

9
en un cuerpo de doctrina todo lo mejor que habian dicho sus predecesores sobre esta muerte de enfermedades, y añadiendo a ello los frutos numerosos de su dilatada experiencia, ha fijado, en fin, en una obra bastante precisa y metódica, la opinion de los médicos sobre el aprecio que debe hacerse de todas esas disertaciones fútiles que han ocupado por tanto tiempo a tantos hombres célebres, y que han sido la causa, sin duda, de que, con una apariencia de razon, el ciudadano de Ginebra digese que la medicina no tenia nada de útil ni de verdadero.

Esto es haber hecho mucho, ciertamente, y la ciencia sera siempre deudora al autor de la nomenclatura filosófica; pero todavía quedaba bastante por hacer, pues aunque, de mucho tiempo a esta parte, se da su debido valor a las opiniones abundantes de acrimonia, acidez, suspicitud de humores y una multitud de otras pretendidas causas de febre, sobre las cuales se han querido fundar diversas teorías de estas afecciones morbosas, teorías que han sufrido la suerte reservada a todo lo que no está apoyado en la evidencia, sin embargo teniamos que se consideraban como enfermedades esenciales una infinidad de estados de la economía que no lo eran, y esto por que se reconocian juntamente la causa, el asiento y la naturaleza de ellas.

Estaba reservado indudablemente al profundo y juicioso observador M. Broussais, a quien sus propias descubrimientos le han adquirido una celebridad tan merecida, descorrer el velo con que la naturaleza tenia cubiertos sus arcanos.

¡ Gloria eterna al autor inmortal del tratado de las *phlegmasies* crónicas! ¡ Que de luz no ha difundido sobre la medicina! ¡ Que espacio tan inmenso no le ha hecho recorrer con un solo paso! Se puede decir que casi la ha elevado al grado de certeza y de exactitud que caracteriza las ciencias exactas; y, a pesar de todo cuanto se ha dicho de este gran hombre, es indudable que su nombre se transmitirá sin interrupción hasta la posteridad mas remota, apoyado en el reconocimiento de la humanidad.

Siendo, sin contradicción alguna, las enfermedades conocidas en medicina con el nombre de *fiebras* aquellas que se enuncian con mas frecuencia y bajo un número indefinido de formas, deben naturalmente fijar mas la atención de los médicos, y prestarse con preferencia a la controversia, segun que en efecto ha sucedido. Abandonando todas las opiniones emitidas anteriormente sobre esta clase de afecciones, me limitare tan solo a dar una idea general de

ellas, para ocuparme en seguida de la que me he propuesto examinar con separación.

Seguramente que me engano sobre mis propias fuerzas cuando ~~me propongo~~ ^{me propongo} una discusión tan sencilla, y que ha puesto por tanto tiempo en dicidencia a los médicos mas celebres de todos los paises del mundo; empero, animado sin embargo por el sentimiento de seguridad que inspira siempre la conciencia de una buena causa, no he vacilado en tomará mi cargo su defensa, mayormente cuando se interesa en ella la conservación de los hombres. Puesto pues como lo estoy de la justicia de las aserciones que me propongo emitir, me creo constituido en la obligación de rendir aqui el debido homenaje de mi publico reconocimiento al doctor Broussais a quien soy deudor de las ideas que profeso, y que me han dado pauta para la siguiente disertación.



Disertacion
sobre
la naturaleza y clasiento de la
fiebre dicha esencial inflamatoria.

Consideraciones generales.

La palabra fiebre, tomada en su acepcion mas lata, designa la aceleracion del curso de la sangre producida por la de las contracciones del corazon con aumento de calor; pero si esta turbacion ligera basta, en rigor, cuando es permanente, para caracterizar este estado anormal de la economia, conviene añadir, sin embargo, que se acompaña, la mayor parte de las veces, de la lesion de una ó muchas funciones principales, y esta condicion es aun esencial para que el mismo sea mirado como tal morbo: en efecto, una marcha rápida, el trabajo de la digestion y una emoción viva, no obstante de que producen la aceleracion del curso de la sangre, no son considerados, con todo, como causas de enfermedades, en tanto que esta fiebre no es acompañada por otros accidentes durables, tales como el cansancio, la cefalalgia, las convulsiones, &c.

Atendiendo tan solo al estado de malestar de que participa toda la economia y que caracteriza la fiebre, se puede decir muy bien que esta es una enfermedad general; pero si el análisis nos hace descubrir que una vez que ha nacido la turbacion en un punto poco estenso del organismo, se propaga por la via de las simpáticas de un solo organo a todos aquellos que estan entorados con él por las relaciones mas directas; si en los casos mas sencillos, destruido la afecion primitiva, ceden bien pronto y espontaneamente los secundarios; y si en fin, se conviene con el profesor Bichernow que las enfermedades llamadas generales nacen siempre por la via de asociacion de la afecion aislada de un organo ó de un sistema de ellos; y no es conveniente investigar cual es aquel que se ha afectado primero y considerarlo como el asiento de la dolencia, de que las demas lesiones serán los efectos, los síntomas y las complicaciones?

Los médicos de todos los tiempos han aplicado estas consideraciones a gran número de fiebres que se han presentado a su observacion y, en muchos casos, les ha sido muy fácil conocer el organo que ha servido de asiento a la afecion primitiva, y, consiguientemente,

la causa de aquellas; pero, en otros muchos, no han sabido distinguir en medio del desorden general, la lesión principal de las que no eran mas que una consecuencia. De aqui les vino la idea de dividir las fiebres en primitivas o esenciales, y en secundarias o simpliciter, que apenas figuran en el cuadro de las enfermedades que acompañan, al paso que las primeras ocupan el principal lugar en las nosologías mas apropiadas.

Se puede dar el nombre de fiebre inflamatoria a la turbación simpática de la circulación en el sentido de que acompaña ordinariamente a la inflamación particular de un tejido, y tambien el de fiebre simple, por oposicion, a aquellos casos en que la turbación de la circulación está acompañada de la de otra función, pues que los síntomas que sobrevienen entonces sirven, por poco intensa que sean, para caracterizar las demas especies de fiebre que se designan de una manera distinta.

En efecto, las llamadas esenciales han sido divididas por el profesor Pinel en tantos grupos, cuanto se ha parecido exigir la diversidad de los síntomas, y, en esta consideracion, su primer orden abraza aquellas que se hallan caracterizadas por un pulso

lleno, fuerte y frecuente, acompañado de la rubicundez de la cara y de los ojos, &c.; mientras que el segundo comprende aquellos donde dominan los síntomas sacados del estado de las vias digestivas, tales como náuseas, vómitos de materias biliosas, bariégameo de la lengua, gusto amargo, sensibilidad aumentada en el epigastrio, &c. En los demas ordenes se encuentran la fiebre mucosa o adensmeningea putrida o adynamica, maligna o ataxica y adenonerviosa o pestilencial.

Ya se ve por esto que la clase de las fiebres comprende un gran número de enfermedades, y, por lo mismo sería demasiadamente largo el ocuparme de todas ellas, razón por que me limitare tan solo a algunas consideraciones sobre la naturaleza y aiento de la que constituye el primer orden.



Fiebre inflamatoria.

Sinonimia y definicion.

La fiebre inflamatoria ha sido sucesivamente llamada synochus impetris por Sabino, synocha simplex et acuta sanguinea por Hoffmann, febris continens, o synocha por Sauvages, Cullen, &c., y en fin, fiebre angustencia por el profesor Pinel. Consiste en un estado de pyrexia ordinariamente continuo y sin remision, que invade de repente y se halla caracterizado por un pulso lleno fuerte y frecuente; por un calor moderado extendido por toda la superficie del cuerpo, y por la rubicundez e hinchazon dolorosa de la cara y de los ojos.

Causas.

Las causas de la fiebre inflamatoria son: la juventud, la edad adulta, el temperamento sanguineo, la plétora, estados de la economia que predisponen a esta enfermedad, y tambien la estacion de la primavera, el invierno y un estio muy seco, el habitar en un clima expuesto al norte, y, por ultimo,

se ve sobrevenir en todas las epocas del año, y acometen a sujetos que, al parecer, no se hallaban sometidos a ninguna de las causas predisponentes.

El mismo puede ser debida a una insolacion prolongada; a una carrera a caballo contra el viento; a todos los ejercicios penosos y de larga duracion; a los excessos de la mesa; al abuso del vino y de los licor alcohólicos; a la supresion de una hemorragia, de una sangria habitual, de una inflamacion cutanea y de un exutorio; al un vis lento acceso de colera, &c., y en fin puede sobrevenir a consecuencia de una herida grave, de una amputacion, &c.

Aunque la mayor parte de estas causas no tengan accion mas que sobre los sujetos que se expongan a ellas en particular y que, por consecuencia, la enfermedad sea por lo comun, esporádica, se citan, sin embargo, muchas observaciones que prueban que puede reinar epidemicamente, y, entre ellas, merece que se refiera la que observo M. Mavien en un pequeño anejo de Mantas durante el otoño de 1804, y de la que nos dice que se manifestó bastante mente benigna, pues que, del gran número de

4
enfermos que asistió, solo perecieron cuatro y aun atribuye esta terminación funesta á la indocilidad de los individuos atacados.

Principio y síntomas.

La fiebre inflamatoria es precedida de laxitud e pontaner, de malestar y de pesadez general y principia fuertemente por la mañana de una manera súbita por un escalofrío vivo y corto, seguido de un calor moderado al tanto. El enfermo se ve atormentado de mucha sed; mira con disgusto los alimentos, particularmente aquellos que son sacados de las sustancias animales; su lengua está blanca por el medio y roja en la punta y lados, extendiéndose, á veces, este color á toda su superficie (1); las excreciones

(1) ¿De donde proviene esta diferencia de color entre las diversas partes de la lengua? Yo estube tentado, en un principio á atribuirlo al contacto de los dientes con los bordes de este órgano, pues, efectivamente, se coincide muy bien que, sustrayendo estos pequeños huesos por el rozamiento el barniz mucoso de las partes que les están contiguas, parece que debían hacer reaparecer en los lados del músculo lingual su color rojo, conser-

79
albinoas son secas, raras ó totalmente suprimidas; la orina es poco abundante, subida de color al principio y después cargada de un sedimento blanquísimo; la respiración está caliente y acelerada; el pulso lleno fuerte, puro y frecuente, y la piel ardorosa húmeda e hinchada principalmente en la cara. A estos síntomas se agregan otros muchos mas violentos y que tienen su asiento en la cabeza: en efecto, el paciente se queja de

vandose, entre tanto, en su medio, la blancura propia de esta materia; pero se puede oponer á esta hipótesis la inmovilidad del expresado órgano en muchos casos en que subsiste el indicado fenómeno, y, por otra parte, si, para imitar la acción que yo he puesto á los dientes, se trata de limpiar las mucosidades blancas de que me ocupé, no se consigue jamás desembarazar completamente las vellosidades de la parte media que parecen como impregnadas de ellas. La diferencia de organización tan evidente de los bordes y del medio de la lengua, y la mayor cantidad en esta última parte de vellosidades y de papilas, ya sea que retengan solamente este barniz ó que sirvan para exalarlo; explican mas bien la diferencia de color? Yo así lo creo, sin que piense por esto que la segunda explicación tenga mucha mas fuerza que la primera.

color y dolor en esta parte, se halla entregado a una consunción que le molesta mucho; cree ver cuerpos rojos, brillantes e inflamados volteando sin cesar al rededor de él; sus ojos están hinchados, rojos, lagrimosos y sensibles, carece del oficio por la resacaion de la membrana pituitaria, y por último, las arterias carótidas y temporales ofrecen latidos muy manifestos.

Curso y terminacion.

Estos síntomas mas marcados hacia la mitad de la enfermedad que en su principio, decrecen sucesivamente y a medida que se acerca a su terminacion, que acontece por lo comun a consecuencia de una evacuacion sanguinea natural o provocada por el arte. La duracion de la fiebre cuando es continua, como sucede lo mas frecuentemente, varia desde veinte y cuatro horas, hasta tres, siete, nueve, once o catorce dias, y es muy raro que pase este término sin dejar entrever la coexistencia de una flegmasia que debería desengañar sobre su esencialidad, pero que se mira de ordinario como una complicacion sobrevinida casualmente.

Diagnóstico.

El diagnóstico de la fiebre inflamatoria, tal como la hemos considerado hasta de presente con los autores, ofrece pocas dificultades, pues que basta para caracterizarla la presencia de los síntomas referidos, sin apariencia muy manifestada de flegmasia, cuya sola condicion debe distinguirla, en el sentir de los mismos de la fiebre traumática. Sin embargo, dice M. Stuel, que observadores muy justamente estimados, tales como Foresti y Selle, han confundido con mucha frecuencia la fiebre inflamatoria con la sintomática que precede o acompaña a una pleuresia, a una angina o a cualquiera otra flegmasia, y yo, al presente, tal vez podría, haciendo alto en esta observacion, demostrar, por una comparacion exacta de la fiebre traumática con la llamada casual, muy difícil es, en efecto, distinguir dos enfermedades tan idénticas en todas sus partes; pero siguiendo el precepto de Condillac (1), y

(1) *Metodología filosófica*, p. 17, t. 1.^o

(2) Es necesario, así en la exposicion como en la investigacion de la verdad, principiar por las ideas mas fáciles, y que provienen inmediatamente de los sentidos y elevarse en seguida por grados a las mas abstractas y complejas.

procediendo con método, creo mas conveniente terminar la historia de esta última, tal cual se halla unánimemente admitida por los autores, antes de llevar la discusión sobre objetos que están todavía muy lejos los médicos de reconocer de una misma manera. Entonces tendré la ventaja de fundar mi opinion sobre hechos positivos comprobados por todo el mundo, y justificaré tambien la preferencia de una doctrina apoyada en la observacion ilustrada de los mismos.

Pronóstico.

Cuando la fiebre inflamatoria es simple, es decir, sin apariencia muy notable de flegma local, se termina siempre de una manera favorable, bien como he dicho, por una hemorragia, o por orines o sudores abundantes. Si se manifiesta, por el contrario, una congestión en un órgano esencial, o sobreviene una hemorragia interna excesiva, el pronóstico no puede ser entonces tan largo, y se hace indispensable recurrir al momento a un plan de curación mas enérgico que aquel que hubiera sido empleado en las circunstancias ordinarias.

Método curativo.

En efecto, cuando la enfermedad es bastante moderada para parecer esencial, no exige de ordinario un gran aparato de socorros, pues que la supresión de las causas, la abstinencia severa de los alimentos, la administración continuada de las bebidas diluentes, mucilaginosas o viscosas, y en una palabra, lo que se llama el regimen antiflogístico bastan, en la generalidad de los casos, para restituir al enfermo la salud. Frecuentemente, sin embargo, cuando los síntomas son muy alarmantes y sobreviene delirio, como sucede por ejemplo, en el estado de fiebre ardiente, o cuando la plethora es capaz de inspirar temores, se hace indispensable añadir a los medios indicados una o muchas sangrias generales, o la aplicación local y repetida de sanguijuelas a las inmediaciones del órgano amenazado de afección inflamatoria.

No se hasta que punto es fundado el precepto de abstenerse de todo método de curación activo cuando se puede sospechar la aparición de una evacuación crítica, pues que por ciertos que parecen los signos de una crisis, tales como la rubicundez de los ojos, la pesantez de los temporales, el prurito de las

naricos y el pulso diroto para la epitaxis; un sentimiento de pesadez en las caderas é hiposcondrios y una suerte de ardor á las partes genitales para la orina crítica, &c. ¿no pueden observarse estos fenómenos cuando el encéfalo y los riñones se hallan amenazados de congestión? Y si el médico, contando con la crisis, se abstiene de la sangría ¿no pueden resultar de esta omisión los inconvenientes mas graves? Confieso que hay observaciones de enfermedades en las cuales se ha visto que la sangría practicada en este caso no ha producido alivio alguno; pero se hubiera verificado la hemorragia? Y en el supuesto de que la hubiese habido ¿habría producido ella mayores ventajas? Además, conviniendo en que la crisis pudiese ser suprimida por la sangría ¿no obra esta con mas seguridad y eficacia cuando es bastante copiosa y se aplica con la debida prontitud? Resulta de aquí, á mi modo de ver, que á no ser que se prevea una crisis muy próxima y susceptible de mejorar el estado del enfermo, se debe mas bien preferir un método curativo enérgico y proporcionado al estado del paciente, que esperar la salus de acontecimientos inciertos, y

que no estan exentos por si mismos de peligros.

Después de haber terminado lo que hace relación á las causas, síntomas y curación de la fiebre inflamatoria, solo me resta investigar cual es su naturaleza (1) y su asiento, sobre la importancia de cuyos dos objetos creo inútil insistir, mediante á que en el conocimiento de ellos estriban las bases sólidas de la patología y de la terapéutica.

Naturaleza y asiento.

Sería sumamente importante que los autores estuviesen de acuerdo en las opiniones que han emitido sobre la causa inmediata de su fiebre inflamatoria; pero por desgracia sucede que en general, no hay clase de enfermedades que haya dado lugar á tantas controversias como la de las fiebres, y, con especialidad,

(1) Conocer la naturaleza de una enfermedad, es poseer ideas precisas sobre su causa inmediata, asiento, lugar que debe ocupar en un cuadro nosológico, modo de formación, manera mas ventajosa de curarla, &c.

y se halla desde luego tentado a creer que el profesor Linel es de un parecer según la denominación de angioténica que da a esta enfermedad. Sin embargo, no está aun demostrado que este efecto sea constante pues aunque efectivamente, la autopsia cadavérica no probase cuan rara es la inflamación de los vasos que se suele encontrar, con todo, en las personas que han fallecido a consecuencia de las flegmasias de la pleura, del pulmón, del pericardio, del corazón y aun del peritónes y vías digestivas ¿cómo se podría explicar la aceleración uniforme y general del curso de la sangre, admitiendo una inflamación mas o menos estensa de los grandes troncos? ¿No sería indispensable reconocer la propagación o la repetición de la irritación en el gran microscópio central sanguíneo? y por otra parte, si se llegara a probar que la fiebre inflamatoria es esencial de los autores es debida a la flegmasia de que hablamos ¿no debería concluirse de aquí que la enfermedad es puramente local?

¿Se puede atribuir al sistema capilar en estado de flogosis? Aquí hay que hacer una distinción sumamente importante. En efecto ¿se

quiere hablar de la inflamación general de este sistema, o de su irritabilidad parcial? Admitiendo la primera, no puede concebirse, como una lesión tan estensa es algunas veces de tan corta duración, o por lo menos tan poco grave que no produzca mas que una fiebre efemera, y por que, entrando los capilares en la composición de todos los tejidos y contribuyendo casi por si solos a la formación de los mas esenciales, tales como la piel, las membranas mucosas y los parénquimas, y, al menos, no pueden ni aun imaginariamente reparar su inflamación de las flegmasias de estos mismos órganos. Ahora bien, si es evidente que la fiebre existe de ordinario sin la inflamación general de los tejidos, se hace indispensable pues buscar la causa de ella en otra parte que en esta lesión universal.

Pero si no se ha visto jamás un caso de fiebre donde los tejidos del cuerpo humano estuviesen igualmente irritados ¿se puede por lo menos atribuir esta alteración de la circulación a la irritación parcial de los capilares de un órgano? Yo soy tanto mas de esta opinión, cuanto que confundiendo enteramente, como heato de decir, la inflamación de una vena con la de sus vasos capilares.

Soy de sentir, pues, que la fiebre inflamatoria, así como cualquier otro movimiento febril, está siempre acompañada o precedida de una irritación local que lo produce reuniéndose sobre el corazón, y todo induce á creer que aquellos que lo han observado independientemente de esta causa, no han debido atribuir la falta de ella sino á la manera viciosa con que la han buscado. Efectivamente no se debe esperar que se manifiesten en todas las flegmasias, y sobre todo en las de los órganos membranosos, los cuatro signos que las dan á conocer en los tegidos externos por que cada órgano tiene su organización particular, su vida propia y su sensibilidad especial, del mismo modo que cada flegmasia sus formas y síntomas exclusivos. Los solos apreciables en las inflamaciones del interior son: 1.º la lesión de las funciones confiadas á los visceras enfermas, y 2.º los fenómenos simpáticos que estas producen en aquellas que son susceptibles de repetir en misma afección. Cuando se remite á esta, las enfermedades análogas que se presentan en lo sucesivo solo se llegan á conocer por el estudio comparado de estos síntomas con las lesiones orgánicas que nos

dejan en su consecuencia en los cadáveres, y no hay mas medio para evitar las dificultades y la oscura incertidumbre del empirismo, al mismo tiempo que para hacer conocer las ventajas incomparables de la medicina fisiológica que la aplicación de estos principios á la cabecera de los enfermos.

Si es cierto que la agitación febril reconoce necesariamente por causa una irritación local cualquiera, nos resta ver si la forma que se ha llamado inflamatoria es debida á una flegmasia particular, ó si sobreviene indistintamente á consecuencia de toda irritación bastante intensa para obrar simpáticamente sobre el corazón. El doctor Broussais, que ha difundido tanta luz sobre la patología, enseñando á conocer la vida y las lesiones de los órganos digestivos, pretende que la irritación del estómago y de los primeros intestinos es la causa única de los fiebres exacerbatas de los autores, ó mas bien, la enfermedad misma es presa por los síntomas atribuidos á estos. He aquí, por lo demás, como se expresa en la segunda edición de su examen de las doctrinas

medias en la página 15^a del tomo 2.^o de la traducción de Larrea, respecto de la fiebre inflamatoria.)) ¿Existen durante la vida (en los sujetos afectados de esta enfermedad) los signos de la inflamación de la membrana mucosa de las vías digestivas? Si, ciertamente; pero, como no eran reconocidos de los autores antes de la época de la medicina fisiológica los han enumerado sin sospecharlos. Estos signos son pues la anorexia, más o menos, la rubicundez de la punta y de los bordes de la lengua, la cefalalgia, los dolores continuos y la inaptitud para el ejercicio de los órganos de la locomoción. Ellos son, en efecto, de tal manera patognomónicos de la irritación producida por la membrana mucosa del estómago y de los intestinos delgados que bastan por sí solos para caracterizarla y, convalidados con los de cualquiera otra enfermedad, nos dan la certeza de la coexistencia de esta.))

Como la irritación gástrica por intensa produce síntomas más alarmantes no puede conducir a la muerte, tampoco es posible apoyarse en las lesiones cadavéricas para probar el

asiento de la enfermedad. En efecto, o mortifican en ceder, o, por el contrario, se agrava, existiendo otro orden de fenómenos pertenecientes al aumento de la irritación primitiva del estómago e intestinos, o a la simpatía de otro víscera importante, y entonces la afección cambia de fisonomía y de nombre pudiendo terminar en la muerte. Si desgraciadamente acontese un éxito tan funesto, la autopsia cadavérica nos pone de manifiesto los rastros de la complicación, y si no se ha puesto cuidado en seguir el curso de la dolencia, se obtiene la primera forma o el primer punto de irritación, y en lo que menos se piensa es en que el enfermo ha sucumbido a la primera afección. He aquí como, hallándose atacado un individuo de la irritación gástrica e intestinal bastante ligera (fiebre inflamatoria, biliosa o mucosa), se le estimula por temor de que sobre venga la adinamia; y si el órgano, demandado sensible a la acción del remedio, se ulcera y gangrena, la enfermedad que se temía reemplaza la primera, mata al enfermo, y el médico gloríase de su pronóstico.

se propone administrar los tónicos con mas
salutaria, si se le vuelve a presentar un caso aná-
logo. Así es desgraciadamente como se suelen
terminar irritaciones gastro-intestinales por
intensas, que un método debilitante hubiera
pronto y fácilmente curado. Sin embargo esta
fatal equivocación es menos temible en la for-
ma de la fiebre inflamatoria que en la de la
biliosa, pues que, en el primer caso, los signos
de vigor y de excitación son ordinariamente
demasiado manifestos para que el médico menos
ilustrado, se permita aumentarlos, de que resulta
que la terapéutica de esta afección es de las mas
adelantadas y que, salvo algunas excepciones, la
marcha del médico se halla enteramente tra-
zada.

Sin embargo es indispensable que este se asegure
bien del asiento de la irritación, por que el estóma-
go no es el solo órgano que puede excitar el grupo de
fenómenos designados con el nombre de fiebre infla-
matoria, pues que todas las partes del cuerpo hu-
mano gozan de esta facultad en grados que difie-
ren segun su organización, sensibilidad, funcio-
nes, relaciones simpáticas, &c. y sino fuera tan

fácil concebirlo, se podría adquirir el convencimiento
de ello por el estudio de las obras de nosografía. Efe-
tivamente, en las observaciones que refieren sus auto-
res como tipo de la fiebre inflamatoria, se encuen-
tran muchas que presentan manifestamente
síntomas de flegmasias o al menos de irritaciones
diferentes de las de los órganos digestivos. Vnas veces
se ve que un individuo es atacado, a consecuencia
de una marcha forzada, de cansancio, acompañado
de una fiebre que cede a fenefusis de algunos dias
de reposo; otras que una joven todavía impúbera
experimenta el mismo tumulto en las contrac-
ciones del corazón al acercarse su primer flujo
menstrual, y otras, en fin, que el origen de la
enfermedad se halla en un órgano amenazado de
inflamación. Citare por ejemplo la observación si-
guiente, que por su brevedad, he elegido entre otras
en la medicina clinica del profesor Lincl. «Una
joven cuyos menstruos estaban suprimidos hacia
seis meses, se expuso a la acción del frio, y desde
entonces se vio acometida de horripilaciones y
de calor vivo acompañado de rubicundez del rostro.

Al día siguiente la deglución era difícil, tanto que hacia temer el desarrollo de la angina, y en consecuencia se la sangró para prevenir esta flemaia. Sangrada que fue, se le despegó la cabeza, la facultad de tragar quedó desembarazada, todos los síntomas febriles disminuyeron, y la enfermedad fue terminada al cuarto día.

Esta afecion patológica que se ofrece como un modelo de la fiebre esencial inflamatoria, á mis ojos no representa mas que una inflamacion de la mucosa de la garganta determinando simpaticamente la frecuencia de las contracciones del corazon, y por consecuencia la rubiundez y el calor del rostro. Si no halló en esta historia ningun signo de la irritacion gástrica, como es muy cierto, tampoco veo nada que autorice á considerar la como una fiebre esencial. Efectivamente, que se la compare á la primera observacion de angina gástrica consultada consignada en la misma obra, y se verá que esta no difiere de la otra sino en que la joven, objeto de la segunda, no logró que cesase la pirexia hasta el

octavo día, lo que puede atribuirse al emético que se le administró al cuarto, y que, segun la confesion del mismo médico que la asistia, no hizo mas que exasperar los síntomas, y tambien, al empleo demasiado tardio de la sangria practicada tan solamente despues que se vieron los malos efectos del vomitivo. Por lo demas, las causas, el principio y el curso de la enfermedad han sido unos mismos, asi como tambien los medios curativos, los cuales han consistido en una sangria y en una aplicacion de sanguijuelas alrededor del cuello.

¿Por que razon, pues dos enfermedades tan perfectas y manifestamente identicas son consideradas, la una como perteneciente á toda la organizacion, y la otra como la afecion de un solo organo? ¿El fenomeno de la fiebre no es absolutamente el mismo en ambos casos, no obstante de que, en el primero, el médico haya hecho abortar la angina, y en el segundo, curado su intensidad?

Podria me confirmo mas en esta opinion cuando leo las demas observaciones de esta fiebre y comparo sus causas, síntomas y método curativo con los de las flemaias en general y de la fiebre

39
traumática, y no me queda, en fin, duda alguna al ver escrito en la nosografía filosófica, página 21.^a, tomo 1.^o, y que un dolor excesivo producido por una herida, fractura o luxación puede ocasionar una fiebre semejante³, es decir, una fiebre esencial inflamatoria.

Quanto he dicho de esta fiebre pudiera aplicarse a las demás llamadas también esenciales, pues que es necesario que convenamos en que la generalidad de las observaciones que se nos refieren de ellas, sea cualquiera el orden a que pertenescan, nos ofrecen siempre los síntomas mas manifestos, no digo de una, sino frecuentemente de muchas lesiones orgánicas particulares, y si hay casos en que estos signos sean menos apreciables, esta debiéndose a la negligencia de los observadores, que no conocen la importancia de ellos, o a la poca sensibilidad de los órganos enfermos y a la idiosincrasia de los sujetos.

Ademas, la autopsia cadavérica demuestra, en fin, en todas las víctimas de las fiebres esenciales, lesiones tan evidentes para aquellos que saben conocerlas y á veces tan multiplicadas, que no habria dificultad alguna en

39
designar el órgano por donde ha principiado la afección patológica, aun cuando no se hubiese seguido el curso y los progresos de la enfermedad, ni se tubiera punto de comparación los casos numerosos donde la flegmuna domina en tal ó mal órgano. Esto así, pues, si á estos poderosos medios de diagnóstico se agregan el conocimiento exacto de las funciones de las vísceras, se habrán vencido las dificultades, y se explicarán fácilmente y de una manera satisfactoria todos los fenómenos de las enfermedades.

Segun las consideraciones que he enunciado en el curso de esta disertación, creo poder establecer los corolarios siguientes:

1.^o La fiebre inflamatoria esencial de los autores es siempre el síntoma de una irritación local de una cierta intensidad, así como la fiebre traumática, que solo difiere de la primera en que los signos de la flegmación que la acompañan son mas evidentes que en esta.

2.^o La membrana mucosa gastro-intestinal no es el solo órgano cuya inflamación puede producir esta enfermedad, aunque sea fácil reconocer gastro-enteritis mas ó menos ligeras en la generalidad de las fiebres inflamatorias referidas por los autores.

3.^o En fin, cuando la fiebre inflamatoria termina en la muerte, se debe atribuir este acontecimiento a la agudicia de la flegmación primitiva, o a la recepción de esta en un órgano mas sensible e importante para la vida.